

Por último, cierran la obra la «General Bibliography» (pp. 169-192), clasificada en «Manuscripts» (pp. 171-172), «Primary Sources» (pp. 173-178) y «Secondary Studies» (pp. 179-192), y el «Index of names of medieval and modern authors» (pp. 193-194).

En suma, el presente libro conforma una obra de gran utilidad y muy coherente que ofrece relecturas críticas de obras poco conocidas o todavía no estudiadas. Por lo tanto, sobre las conclusiones obtenidas en el V seminario de Islamolatina, se construye, pues, un libro que indaga en cuestiones dispares como la autorrepresentación, la percepción del otro, la interacción entre los cristianos, judíos y musulmanes, y las diferentes estrategias de propaganda derivadas del trasfondo intelectual de cada uno de los autores estudiados. Esta amplia variedad de disciplinas abarcadas sienta las bases de un estudio capaz de englobar la investigación no solo de las polémicas contra el islam, sino también del punto de vista cristiano de judíos y conversos, y del uso de la *Disputatio* y *Praedicatio* como herramientas de conversión. Además, esta obra incide en la exégesis en su sentido más general, en la retórica cristiana con fines legitimadores, y, por último, en las perspectivas sobre la construcción del género. Así pues, el carácter multidisciplinar de *Propaganda and (un)covered identities in treatises and sermons: Christians, Jews, and Muslims in the premodern Mediterranean* se subordina al propósito de analizar los agentes propagandísticos involucrados en la unificación de grupos religiosos, culturales y políticos premodernos.

Universitat Autònoma de Barcelona

Jesús GÓMEZ PUIG
jesus.gomez@uab.cat

Santiago LÓPEZ MOREDA, *Clásicos y humanistas ante los neologismos*, Madrid, Akal, 2019. 320 pp. ISBN: 978-84-460-4800-8.

El estudio del profesor López Moreda nos ofrece un aspecto inédito de la lengua latina. Ciertamente es que quienes conocemos esta lengua de cultura tenemos a nuestra disposición un inmenso universo de significado. Sin embargo, este conocimiento se encuentra enredado con nuestra percepción y experiencia de la propia lengua materna. Hemos reconocido las palabras consultadas en los diccionarios a través de su contexto, en los testimonios que nos ha legado la tradición. Pero especialmente en la actualidad, cuando tenemos a la vez todos los títulos de esa biblioteca de los textos latinos al alcance, es difícil adivinar cómo se pudo formar de manera gradual todo ese tesoro de las palabras.

La ambición de confeccionar una historia de la lengua, de verla crecer a lo largo del tiempo, no es el objetivo de este estudio. Una primera parte está adelantando el método a partir de las noticias de los autores antiguos, y de Quintiliano (*propia, ficta y translata*), que contribuye a definir el tema. La creación ocasional de vocablos se distingue de la producción de calcos y de la adopción de acepciones nuevas para la ampliación del uso a otros registros de la lengua. La defensa del uso propio correspondía a los gramáticos.

Esta progresión se sigue fácilmente, testimonio a testimonio a medida que avanzamos en la lectura. Las polémicas de los eruditos no retrasan en esta obra el recorrido por los testimonios de cómo se enriquece y actualiza la lengua. Esta progresión se detiene en el libro en la época de los grandes descubrimientos. La irrupción de un nuevo espacio cultural en el horizonte europeo puso a prueba la plasticidad de la lengua neolatina.

Sin duda se pueden consultar los datos acumulados por los historiadores desde que, tal vez por haber conocido el riesgo de la pérdida u olvido de la lengua latina, se interesaron por fundar una identidad lingüística que facilitara la tutela de este bien cultural. El siglo XVII es el siglo de la historia como medio de conocimiento de las realidades patrimonio de la comunidad transnacional, que debían reservarse para que las nuevas generaciones escaparan de la barbarie, salvadas por una nueva pedagogía. Al mismo tiempo, comenzaba mediante la arqueología una idealización de la Antigüedad, proyectando los valores éticos y cívicos de aquellos antiguos pueblos, que habían establecido la comunidad política sobre la base de unas leyes. Una nueva ciencia surgía entonces con la experiencia, en contraste con una ciega confianza en la tradición, y aparejada a ella, nuevas técnicas impulsoras de una nueva economía.

Esta evolución no pudo contrarrestar la pujanza creciente de la cultura en lengua vernácula, paralela a la latina humanista, en la que el prestigio político de la corte francesa aseguró una supremacía duradera hasta el siglo XX. De ahí que el profesor López Moreda distinga en los distintos capítulos las diversas causas de la introducción de nuevas palabras. Reconoce entre las más frecuentes a lo largo del tiempo las causas sociológicas y las políticas.

Esa sociedad europea era ya mucho más dinámica que la que había producido la lengua clásica, y muchísimo más permeable a las influencias externas. Las coordenadas que situaban la estabilidad de la comunicación intergeneracional en la lengua antigua eran la autoridad, la costumbre, la analogía (recordemos a Aulo Gelio), la razón, y la tradición del uso. El dinamismo de la cultura moderna sacudía la confianza en la autoridad del uso en las obras más reconocidas. El público ya no se satisfacía sino con la novedad, que a veces, necesitaba de traducción o adaptación, de manera que la transferencia de conceptos e inventos entre las distintas lenguas europeas era constante. Así lo detalla en cada momento histórico el estudio que publica la editorial Akal, ya desde la introducción de los términos procedentes de las lenguas semíticas y del árabe clásico en la Edad Media, hasta la adopción de la nomenclatura latina en la nueva ciencia.

A partir del s. XV, algunos preceptores favorecieron la renovación del uso latino. Desde Italia, Lorenzo Valla, Bracciolini, Pontano, Bembo, Facio, Beccadelli, y Perotti contribuyeron a restaurar la lengua latina con no bien disimulados ánimos de propaganda cultural, en la que rivalizaban las ciudades y repúblicas de gran pujanza económica. En nuestro país, según destaca el autor en el capítulo quinto, las obras de Alonso de Palencia, Nebrija y Pedro Mártir alentaron el cultivo del neolatín que prestigiaron Erasmo, Moro, Vives y Guillaume Budé.

La competencia del autor de este estudio en la lengua neolatina y sus fuentes históricas despliega una inagotable variedad de datos, que se ponderan debidamente

en su contexto histórico. Afortunadamente el estilo es muy ágil, y lleva de la mano al lector, casi sin sentir el vértigo del avance en los siglos. Se aprecia una maduración de la consulta de las obras y diccionarios, que ofrecían observaciones parciales, incompletas o inexactas, sobre las que la exposición nos va llevando de una manera fluida con aparente naturalidad. La multitud de testimonios ordenada para la consulta atraerá sin duda a cuantos se interesan por comprender en la latinidad una lengua viva y útil a la expresión. Se ha superado por suerte la percepción del latín como un ralentizado motor, cuya fuerza estuviera fosilizada en un intento vano de atrapar un mundo cultural caduco en el tiempo.

El capítulo octavo, dedicado a los procedimientos de adaptación de los neologismos, completa la perspectiva histórica que predomina en el libro. Incluye también el intercambio entre el neolatín y las lenguas vernáculas que permitió que se ampliara la vigencia de la lengua antigua como medio de expresión científica y académica. Con todo, como afirma el autor en sus conclusiones (p. 293), la génesis y aceptación de los neologismos no corresponde solamente a «razones funcionales», por mucho que existiera una evolución natural que fuera relegando por desgaste unas palabras a la vez que asumiendo otras, o cambiando sus usos.

Una lengua viva cambia con la sociedad y sus necesidades de expresión, al paso de las novedades que surgen continuamente. Así también las costumbres y los temas de conversación en el habla cotidiana es imagen de esta constante mutación que dificulta que el erudito capte su incesante variedad. Los cambios culturales están determinados por multitud de factores, y es preciso que la investigación, tal como hace en este estudio el profesor López Moreda, los distinga, ordene y explique sus efectos. Se destaca, como conclusión general, que la lengua latina (p. 291) «no fue una lengua muerta, supo adaptarse a las nuevas realidades, como las lenguas habladas hoy». Aunque la actualización de esta lengua no se produzca siempre por la creación de novedosos latinismos, es indudable que nuestras lenguas actuales tienen en ella una reserva de expresión y significado disponible para los vuelos que nuestra cultura demande hoy, y en el futuro.

Universidad de León

María Asunción SÁNCHEZ MANZANO
asanm@unileon.es

Jesús LÓPEZ ZAMORA (ed.) *Nicolaus de Valle. Hesiodi Ascraei Opera et dies. Edición crítica*, Ginebra, Droz, Colección «Travaux d'Humanisme et Renaissance» DCVII, 2000, pp. XVIII + 254. ISBN: 978-2-600-06029 (edición en papel); 5978-2-600-16029-2 (edición electrónica).

Homerus tuus apud me mutus, imo vero ego apud illum surdus sum (Fam. XVIII, 2) estas amargas palabras que el vate de Verona escribe, decepcionado tras su primer encuentro con Homero, al bizantino Nicolás Sigero reflejan de forma precisa una realidad cultural que se vivía tanto Italia, como en el resto de Europa: si bien buena